



EL FUTURO EN JUEGO

Las próximas elecciones de Estados Unidos representan un momento de quiebre, pues de ellas depende la continuación o no del proyecto demagógico de Donald Trump. Un grupo de expertos pone sobre la mesa los temas que no hay que perder de vista.

Un liderazgo para salvar al medio ambiente

ALAN WEISMAN

El famoso gráfico del “palo de hockey”, que publicó en 1998 el climatólogo estadounidense Michael Mann que mostraba que en el siglo xx las emisiones globales de CO₂ se habían disparado —y no han dejado de hacerlo—, obtuvo una atención muy merecida. No lo hizo, sin embargo, un gráfico idéntico que mostraba que, a causa de la agricultura impulsada por la química, la población humana había hecho lo mismo.

Si pones esos palos de hockey uno encima del otro, ves la conexión. Todo el que vive es adicto a los dos productos más consumidos: la comida y la energía. A fin de producir lo suficiente para alimentar a 7,800 millones de personas, la agricultura moderna utiliza el mismo combustible que nos calienta e impulsa y mueve muchas de nuestras herramientas y juguetes. No es una gran sorpresa que las concentraciones atmosféricas de CO₂ sigan subiendo, elevando las temperaturas y el nivel de los mares con ellas.

Nuestra provisión industrializada de comida —tan dependiente de un fertilizante con nitrógeno sintético de alto consumo energético que sin él casi la mitad de nosotros no estaría aquí— produce hasta un tercio de nuestras emisiones de gases de efecto invernadero. Así que el dilema del clima es sistémico: todos lo causamos, no solo las compañías petroleras que sabían en secreto en los años setenta que estaban llenando el cielo de gases invisibles y letales. Pero, incluso cuando muchos de nosotros nos dimos cuenta de eso, seguimos esperando que utilizar menos de sus productos desagradables —mejor eficiencia— bastaría para resolver las cosas.

No lo ha hecho, igual que tampoco hemos podido comer menos. Así que, en pocas palabras, para evitar una posible extinción masiva en este siglo, necesitamos una revolución en nuestra idea de la comida y romper un hábito que se remonta al *Homo erectus*: quemar carbón.

Para hacerlo necesitamos un liderazgo sin precedentes, visionario e ilustrado.

Por desgracia, no hemos visto muchos signos de él. En 2015, después de veinte intentos fracasados, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático aceptó en París mantener temperaturas globales 2°C por debajo de los niveles preindustriales. (Alcanzar eso, reconocía el acuerdo, depende de tecnologías de escala masiva que todavía no existen.) En 2018, una evaluación revisada de las Naciones Unidas fue más allá, y advertía que, a menos que nos detengamos en 1.5°C, nos arriesgamos a perder cualquier esperanza de evitar un escenario climático incontrolable. La estimación más prudente de la evaluación nos daba hasta 2030 para cambiar las cosas.

Con Donald Trump, Estados Unidos ha profanado sus leyes ambientales y ha arrastrado al país a un aumento global de las temperaturas de 4°C en 2100. Si esto ocurre, será un planeta muy distinto al que ha conocido nuestra especie. De hecho, probablemente la mayoría de nuestros nietos no sobreviviría para verlo. Cuántos lo harían, advierten los científicos, puede depender de los niveles de oxígeno, que podrían ser fatalmente bajos cuando la

fotosíntesis del plancton disminuya en mares sobrecalentados. Eso por no mencionar el caos terrestre que afrontarían, cuando ardan los trópicos, fracasen las cosechas, las ciudades costeras se sumerjan y la ecología global se tambalee.

Puesto que Trump va a retirar a Estados Unidos de los acuerdos del clima de París, los 4°C son ahora una posibilidad real. A pesar de sus defectos, París fue nuestro primer paso hacia nuestra última oportunidad. Desafortunadamente, sin Estados Unidos, que junto a China emite casi la mitad del dióxido de carbono del mundo, París no significa nada. De manera similar a Jair Bolsonaro en su venta por liquidación de la Amazonia, Trump está entregando contratos de perforación en refugios naturales nacionales a compañías petroleras como quien reparte regalos en una fiesta y, al igual que Narendra Modi, trabaja para volver a encender el carbón.

Solo nos quedan dos esperanzas. La primera es que los demócratas que se le oponen consigan vencer al sabotaje electoral ruso y el secuestro postal republicano del crucial voto por correo en la pandemia, y luego logren impedir los planes de Trump para suprimir a los votantes que no son blancos y de ese modo ganar milagrosamente en las elecciones presidenciales de noviembre *un día antes de que Estados Unidos abandone oficialmente el acuerdo de París*.

La otra esperanza es que Trump contraiga la covid-19, que —al igual que el cambio climático— a menudo ha definido como una estafa. Y aprendería por las malas que no lo es.

Con él por fin fuera de la escena, solo tendríamos que tratar con Joe Biden, que todavía apoya el *fracking*.

Y con nosotros mismos, por supuesto. —

*Traducción del inglés de
Daniel Gascón.*

ALAN WEISMAN es académico y escritor. Ha publicado, entre otros libros, *El mundo sin nosotros* y *La cuenta atrás* (Debate).

La guerra cultural no terminará

LILI LOOFBOUROW

El ascenso del trumpismo comprobó algo que muchos izquierdistas estadounidenses llevaban décadas afirmando mientras los centristas lo descartaban como una burda exageración: una minoría importante del pueblo estadounidense es capaz de adular casi como a un dios a un hombre blanco —por muy incompetente, corrupto y ensimismado que sea— con tal de que le dé voz y validez al supremacismo blanco. El trumpismo refleja tendencias sociales mucho más antiguas que el empresario de Queens, pero la estrella de telerrealidad supo aprovechar un conflicto doloroso para inflar sus *ratings*. Si bien Donald Trump captó la frustración del gringo racista ante un presidente negro y explotó esa rabia, hay que reconocer que su figura es más síntoma que causa.

No importa: ahora, Donald Trump pertenece netamente al grupo que lo celebra (y al que no fue capaz de rechazar ni en Charlottesville, donde marchaban los neonazis). Para los etnonacionalistas, la etapa actual de la guerra cultural empezó con la elección del presidente Barack Obama. La reacción en su contra fue extrema e histórica. Muchos conservadores blancos se prepararon como para una guerra o un colapso social. Compraron armas y oro. Predicaron que llegaría un colapso económico. Es evidente que esta minoría blanca experimentó la presidencia de Barack Obama —es decir, la superioridad oficial de un hombre negro— como una amenaza y una humillación.

Lo curioso de la ola etnonacionalista que ahora sacude al país es que ha perdurado y crecido a pesar de que Trump ganó la presidencia. Para el trumpismo, no bastó con instalar a

su representante. Todo lo contrario. La rabia en contra de Obama arde todavía —y crece—. Esto se manifiesta indirectamente en la impunidad de Trump ante cada escándalo que habría aniquilado a cualquier otra presidencia. Ningún principio republicano prima sobre la dicha con que el trumpista observa a Trump insultar a las fuerzas armadas, exaltar a dictadores como Kim Jong-un y Vladimir Putin, abusar de nuestros aliados, estropear el servicio de correo, destruir la fe pública en la legitimidad de las elecciones, politizar los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades y la Administración de Alimentos y Medicamentos durante una pandemia, defender el asesinato del periodista Jamal Khashoggi y mentirle constantemente al público. Pero para el trumpista estos defectos se convierten en virtudes. Total, la venganza del supremacista blanco se trata de celebrar y hacer alarde del doble estándar. *No importa lo que bagas ni lo que bagamos. Alabaremos como un santo y un héroe al blanco ignorante y corrupto antes de reconocer cualquier mérito de un presidente negro honesto y capaz*. Mientras más ofende Trump, más lo alaban por la cualidad contraria. Por ejemplo: Trump le deseó lo mejor a Ghislaine Maxwell, la socia de Jeffrey Epstein acusada de traficar y violar a menores de edad (existen varias fotografías suyas con Epstein y Maxwell). Sin embargo, según la teoría de conspiración trumpista QAnon, Trump es poco menos que un superhéroe luchando por salvar niños traficados.

¿Qué pasará entonces con ese fanatismo si Trump pierde? A estas alturas sería irresponsable hacer un pronóstico. Quizá las milicias trum-